

En La Habana tenía que ser ...

por: Mons. Carlos Manuel de Céspedes

Impresiones espontáneas y desordenadas con ocasión de un premio literario.

"Mi vida entera puede pasar por el rosario

pues aunque ha sido una vida muy larga

me fue dado vivirla sin premuras,

hacerla fina como un hilo de agua..."

"A perder y a ganar hecho está el mundo

y yo también cuando la vida quieta;

pero lo que yo he sido está en el aire,

como vuelo de piedra, si no alcancé a paloma.

En el aire, que siendo nada, es vida de los hombres..."

(Dulce María Loynaz, "Últimos días de una Casa", terminado de imprimir en Madrid, el 31 de diciembre de 1958).

Es la casa y es Dulce, quien -"Novia de Lázaro"- "no contaba el tiempo". Algunos llegaron a pensar que -de nuevo la casa en sus últimos días- vivía su "hora de morir"... La "Novia" tuvo una noche larga, pero no era noche de muerte. Seguía viva con unos ojos que querían taladrar la tiniebla, ajustando el corazón, sin fatigarse con premuras... En torno a ella, como en el jardín de Bárbara, crecían un sordo zumbido, la selva, las rocas, las gotas de agua, la escalera revuelta... Parecía imponerse el silencio mientras "van los faroleros por la calle, con el palo que tiene en la punta la estrella cautiva" y "por encima de la hojarasca y los escombros, escapaba una lagartija amarilla..." Lo que se impone, sin embargo, es el sol turbador: se imponen su luz y su calor; la noche se aterra y disloca...

¿Qué desató la eclosión en torno a la solitaria Dulce, la del "tono desacostumbrado y diferente" (Florit), la del "mensaje de ceñida emoción" (Tallet)? "Pasó el tiempo que lo fija todo. El tiempo clasificador" (Miguel Barnet)... Sea cual fuere la respuesta acertada a la pregunta inicial, lo cierto es que fueron los más jóvenes, los buscadores de la raíz, unidos a algunos más ancianos, portadores de la antorcha, los que encontraron en Dulce María -en su obra y en su modo de ser y estar- que, "suelto en la tierra Azul", el Almendares no es, quizás, el más hermoso, "pero es mi río, mi país, mi sangre". Y así rescataron del poder de la tiniebla a la que llegó primero. El aire nuevo desempolva lo que sólo el polvo hacía aparecer viejo y pone de manifiesto la frescura que le es propia, la que entronca con la "profundidad bíblica" (que en 1953 ya le descubriera Susana March).

Cuidado de la lengua y cubanía de meollo, no caricatura de maracas, ni profanación de palabras groseras y sensual vulgaridad provocativa; afincamiento en los más genuinos valores cristianos (éso que Dulce, en el sagrario de la conversación amistosa, se atreve a calificar de "explosivos"), ausencia de fanatismos, hechura de libertad, tolerancia, dosis de nostalgia (de historias y de geografías), regodeo en el toque delicado gozo de la intimidad y justa valoración compensatoria de los intercambios personales, serenidad y alteza que no ruman amargores... Todo éso y mucho más nos regala quien se autocalifica "criatura de isla" y, más concretamente, es criatura de esta Isla, de su ciudad capital y del barrio del Vedado (al que vio crecer y cuya historia nos promete), en este siglo XX, a lo largo del cual ha discurrido su existencia. Las coyunturas temporales y las coordenadas geográficas marcan a toda persona humana, pero hay quienes no ocultan el sello y, además, tienen el don de expresarlo con el verbo preciso que, como en el caso del Padre Varela y de Dulce María, nos enseña a pensar y manifestarnos con la dignidad que nos es propia. A flor de labio y de pluma, Dulce María muestra el marchamo de su cubanía de "aquí" y de "ahora". Y desde ella, concentrada en el punto lírico, contempla el tiempo entero: el pasado, el presente y quizás sin proponérselo conscientemente, predispona a las generaciones que despuntan para un futuro más henchido y mejor (contemplación inteligente y bondadosa de lo que está por venir; alquimia de poesía y profetismo, ver antes y ver lo que le demás no ven y saberlo decir con la palabra oportuna). Léanse sus poemas, desde los más añejos que le conozco ("El Poema de Cristo", 1921, escrito andando sobre el puente entre la adolescencia y la primera juventud), hasta los más recientemente publicados, escritos sólo ella sabe cuándo ("La Novia de Lázaro"), pasando, por supuesto, por su "Carta de Amor" y "Tut-Ank-Amen" y el sobrecogedor "Canto a la Mujer Estéril" medítense sus ensayos, sus crónicas y sus palabras ocasionales (¡cuánto buceo deberíamos hacer en las regulares sesiones de la Academia!); reclámese el privilegio de conversar con ella con oído atento y corazón desperezado, arrancándole, si posible fuere, la lectura de un poema al que la voz propia conferirá los acentos y sentidos exactos, en su desnudez recatada.

¿Sabrían con certeza los miembros del jurado del premio "Cervantes" lo que se traían entre manos cuando discutían otorgar la distinción a Dulce o a otro benemérito escritor propuesto? Nosotros, en La Habana, sí sabemos lo que significa exaltar el castellano de Dulce y agradecemos el reconocimiento de las posibilidades de nuestro río, de nuestro país y de la sangre que se apresura por nuestra arteria viva, insular y, por serlo, abierta a todos los latidos del mundo. No está mal que esta "Cervantes" espolee a los desmemoriados y les despierte la memoria adormecida.

La Habana, 16 de noviembre de 1992. Después de una visita a Dulce en su casa en El Vedado.